

# La configuración de la masculinidad regia vista a través del fútbol

■ ■ Alejandro Reyes Martínez\*

## Introducción

La construcción de las identidades de género es un fenómeno social complejo que atraviesa diversas esferas, niveles y componentes de la realidad social. Es en este sentido que Simone de Beauvoir afirma que “no se nace mujer, se llega a serlo” (1949, p. 207), de tal manera que las identidades se manifiestan tanto en las prácticas cotidianas, como en las leyes, maneras de ser y tradiciones de las culturas que estructuran a su vez las conductas de los sujetos que conforman un grupo social. De la misma manera, en el presente trabajo se sostiene que no se nace hombre, se llega a serlo, y se establece como propósito comprender a mayor profundidad uno de los fenómenos cruciales en la configuración de esta identidad de género: el deporte, en específico, el fútbol.

El análisis desde disciplinas como la filosofía y las ciencias sociales arroja que los deportes son fenómenos sociales característicos de los Estados Modernos y es cada vez más aceptado el papel de los juegos en la conformación de una cultura. Como ejemplo, basta con pensar en el proceso formativo de niños y adolescentes hacia la adultez, donde el juego tiene un papel preponderante: es en los escenarios de juego y esparcimiento, como el recreo de la escuela, las “canchitas”, la calle o el tiempo de ocio en casa, con miembros de la familia, donde niños, niñas y niños desarrollan características fundamentales de su identidad, así tengan un rol participante o espectador respecto al juego. De esta manera, se sostiene que el deporte juega un papel imprescindible en la construcción de las masculinidades, en específico en el

contexto de la Zona Metropolitana de Monterrey, que a partir de ahora designaremos como ZMM.

El objetivo del presente ensayo consiste en vincular los constructos de género, masculinidades, deporte a partir del fútbol, y la identidad regiomontana. Para ello, se realiza un análisis de corte interpretativo de investigaciones y documentos que develan dichos constructos. Se toma como perspectiva teórica la Teoría Figuracional, desarrollada por Norbert Elías, para comprender los procesos civilizatorios de una manera comprensiva que articula los fenómenos psicológicos y sociales. Si bien el presente ensayo tiene como base el análisis del deporte en tanto práctica productora de identidades de género, se concluye con algunas propuestas dirigidas al empleo del deporte para la deconstrucción de la masculinidad hacia masculinidades positivas en la ZMM.

## Desarrollo: fútbol, cultura y masculinidad en la ZMM

La ZMM es una sección del estado de Nuevo León conformada por diferentes municipios, hasta ahora un total de 18, incluyendo su homónimo. Esta región, cuya cultura normalmente se designa como “regiomontana” se añade a las identidades de México, país distinguido por su diversidad, y se circunscribe dentro de la identidad regional de lo norteño, categoría de mayor amplitud en la que se suele incluir a la población de los estados de Coahuila, Chihuahua, Baja California y Baja California Sur, así como Tamaulipas, Sonora y Sinaloa. Situados en la ZMM cabe preguntar: ¿Cómo se generan las identidades regiomontanas a través del fútbol?

Los espectáculos deportivos representan una de las mayores fuentes de ingreso e inversión de las diferentes cadenas televisivas y es perceptible una gran cantidad de oferta y consumo al respecto (Murayama, 2014). En cuanto a la masculinidad, no es gratuito que el deporte aparezca constantemente

\* Filósofo y docente de bachillerato en la Preparatoria No. 3, dependencia donde también funge como secretario Escolar. Cuenta con Maestría en Enseñanza en Nivel Medio Superior, así como pasantía en Maestría en Ciencias Sociales. Actualmente también es doctorante en Filosofía en estudios de la Cultura, enfocado en estudios del tiempo libre y el ocio.

como un diferenciador incluso en niveles nacionales. El Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2022) provee de un ejemplo en el Módulo de Práctica Deportiva y Ejercicio Físico (MOPRADEF), cuyo resultado arroja que desde el 2013 la población activa físicamente de hombres de 18 años siempre ha rebasado a la de mujeres; dato que persiste hasta el 2022, con un 49.5% de hombres que reportan ser activos físicamente contra un 35.6% de mujeres. Desde el año en que parten los datos de esta encuesta, las diferencias de practicantes del deporte entre hombres y mujeres promedia 12.09%.

En el mismo tenor, la Encuesta Nacional sobre el uso del Tiempo (INEGI, 2019) distingue que entre la población que dedica tiempo a actividades de convivencia y entretenimiento, el 40.9% de los hombres de 13 años o más dedican tiempo a realizar deportes y ejercicio físico, mientras que las mujeres promedian un 26.9%.

La interpretación que se propone es la siguiente: la diferencia en la práctica deportiva no es algo inherente al género masculino o femenino, sino resultado de la diferenciación que culturalmente se hace de ambos sexos. De esta manera, así como desde el patriarcado hegemónico, se identifica el espacio público como propio de lo masculino y el espacio doméstico se le atribuye a lo femenino, la actividad física y el deporte, que por lo general se realizan afuera del espacio doméstico, tiene una connotación que estructuralmente es dominada por los varones. Esto plantea un conflicto social que hace vulnerable el artículo 4to de la Constitución en tanto que: “Toda persona tiene derecho a la cultura física y a la práctica del deporte. Corresponde al Estado su promoción, fomento y estímulo conforme a las leyes en la materia” (Constitución de México, 1917). Dicho conflicto corresponde a la violencia simbólica que desde la masculinidad hegemónica “hace posible el acceso a diversas formas de capital derivadas del lugar que ocupan ciertos individuos por su condición de hombres y que amplía su campo de acción, su ámbito de decisión individual y sus oportunidades de poder” (Guevara Ruiseñor, 2008, p. 85).

Para aclarar esta cuestión, propongo el siguiente ejercicio especulativo: Si imagináramos los recreos en las primarias públicas de Nuevo León, ¿en cuántas de ellas se encuentran las “canchas” utilizadas exclusivamente por niños del género masculino y en cuántas por niñas del género

femenino? ¿en cuántas de ellas habrá, siquiera alguna niña participando del juego activamente? Este ejercicio tiene como propósito reflejar la manera en que, desde la infancia, se interiorizan incluso los espacios exteriores. Ya aquí hay una apropiación desigual de un recurso (el espacio) en donde los niños desarrollan parte de su identidad como miembros del género masculino. El problema es que suele hacerse a través del desplazamiento y la exclusión de las niñas de estos espacios.

En el mismo sentido, México suele encontrarse entre los países que más consumen fútbol en el mundo, como lo confirma el informe World Football Report que sitúa al país como el sexto mercado con mayor población interesada en el deporte (Nielsen Sports, 2018, p.9). Es de destacar que, entre los estados norteros mencionados, cinco de ellos cuentan con un equipo de fútbol profesional en la primera división: Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Baja California y Sinaloa. Nuevo León se caracteriza por ser sede de los dos clubes de mayor antigüedad de la región: El Club de Fútbol Monterrey o Rayados, y los Tigres de la UANL, fundados en 1945 y 1960 respectivamente. Estos clubes destacan por el valor económico y la convocatoria que generan a nivel nacional e internacional en los últimos años. Los Rayados y los Tigres son el séptimo y el onceavo equipo de mayor valor económico de Latinoamérica respectivamente (Pérez, 2020), solo equiparables en este aspecto con América y Chivas, que a su vez se destacan por tener la mayor cantidad de campeonatos en el torneo de la Liga Mx, así como la mayor cantidad de años desde su fundación en el fútbol profesional.

Este deporte, con sus diversas manifestaciones tanto a nivel profesional como amateur, así como el fútbol formativo que se practican en escuelas, de edades que van desde los 3 a los 20 años con las diferentes ligas competitivas o con grupos de amigos, se ha convertido en un fenómeno clave para comprender la conformación de las identidades del estado. Más allá de las estadísticas, lo relevante es destacar el diferenciador que constituye el fútbol en la ZMM. Los datos presentados no son más que la superficie de lo que se puede denominar estructura futbolística. O bien, la posición que guarda el fútbol en el espectro de la cultura.

Las cifras son indicadores que reflejan el nivel de consumo e inversión al fútbol profesional,

para lo cual, a su vez, se requiere de cadenas de suministro, o lo que Norbert Elías (1969) define como interdependencias, es decir, la manera en que las personas y sus acciones están vinculadas en relaciones complejas y entrelazadas en la sociedad. De esta manera, la estructura futbolística incluye tanto a los futbolistas profesionales y la institución de los clubes, como los aficionados, patrocinadores, medios de comunicación, las fuerzas básicas, escuelas de fútbol, la infraestructura de los parques públicos que suelen contar con una cancha, hasta la industria textil del jersey que utilizan los jugadores, a su vez que miles ¿o millones? de personas cada que hay un partido del equipo profesional, aunque también sucede sin que lo haya. En este sentido es que se afirma que “es difícil que la afirmación ‘el fútbol es importante para las identidades sociales/etarias/de género/raciales’ pueda a esta altura sorprender a alguien: la cuestión estriba en indagar cómo, de qué manera, desde cuándo, en qué lugar y con qué inflexiones” (Alabarces, 2014, p. 26).

Los clubes como nodo del imaginario del fútbol son constructos que exceden la práctica del fútbol profesional que se da entre estas instituciones entendidas como empresas. Los clubes parecen “llevarse en la piel”, a manera de tatuajes, vestimentas, calcomanías, los colores de la casa, el coche o el cuarto. Tener preferencia por un equipo es algo que se es, como cuando una persona dice “soy tigre” o “soy rayado”, así como se escucha “mi familia es tigre” o “mi familia es rayada”. Bien cabe afirmar que la comparativa entre los equipos “regios” como los más valiosos en los últimos años respecto a los equipos “grandes”, juega un papel importante en la pugna diferenciadora entre las regiones norte, centro y sur del país. En este sentido es que se afirma: “El fútbol se ha convertido en un nivel simbólico del regiomontano. Ya ha rebasado estrictamente el campo deportivo y económico. Y si los romanos tenían a Zeus, nosotros tenemos a Tigres y Rayados” (Ibarra citado en Rodríguez Palacios, 2020).

En consecuencia, se insiste en recuperar el concepto de figuración de Norbert Elías para entender el grado de profundidad en que las personas son partícipes del fenómeno futbolístico. Precisamente:

La riqueza de la concepción teórica de Elías para comprender a las posiciones de poder como parte de una configuración social

específica hace especialmente útil su propuesta para el análisis de las relaciones de género en tanto que posiciones sociales, así como para comprender la masculinidad como una posición de poder, siempre disputable, en una estructura social determinada. (Guevara Ruiseñor, 2008. p. 84).

En este punto, además de distinguir la importancia que tiene socialmente el deporte y el fútbol, conviene matizar y evitar caer en buscar esencias inexistentes. Así como el género es un constructo social que varía en espacio y tiempo de manera compleja, el fútbol tiene diversas manifestaciones, por lo cual resulta equívoco hablar del fútbol, sin especificar el contexto en el que se encuentra. Como ejemplo se puede observar el barrismo: conjuntos de aficionados que se circunscriben dentro de las “barras” como lo son los Libres y Lokos y la Adicción, que han presentado conatos de violencia que se suelen reprobar socialmente. Al respecto, afirma López: “El arraigo de las barras en México no solo se debe a los intereses de los clubes de fútbol por generar ‘ambientes’ más coloridos, sino también a la necesidad social de ‘hacer identidad’” (López citado en Rodríguez Palacios, 2020).

Llama la atención, por ejemplo, la manera en que los jugadores profesionales con contratos multimillonarios suelen aparecer en medios de comunicación masiva argumentando que éste es sólo un juego, mientras que aficionados (algunos de los cuales jamás han pisado una cancha profesional ni recibido un salario de parte de un club) pueden llegar a conatos de violencia en las tribunas por un resultado adverso de su equipo afín (Valdano, 2016). En este sentido, Cabello y Manso afirman que el fútbol desde el barrismo: “es un reducto del ‘machismo’ más clásico, siendo una fortaleza de la masculinidad entendida bajo la denigración de la homosexualidad o la sumisión de la mujer” (2011, p. 80).

El mismo Elías (1992) menciona que el deporte como figuración puede presentar algunos peligros pues mientras se juega al conflicto de competir y de tomar partido por un bando “puede ocurrir que la línea divisoria que separa el juego de lo que no lo es, o las batallas miméticas de las reales acabe por volverse borrosa” (p. 58). Ahora bien, si las batallas miméticas pueden confundirse con las reales debido a una fuga de emociones en la figuración, también puede ocurrir

el proceso inverso. Es decir, que las tensiones y emociones sociales reales puedan confundirse con las miméticas, incurriendo en fenómenos violentos como los *Hooligan* en Inglaterra, y los diferentes conflictos entre barras. Con esto se hace hincapié en que estas manifestaciones violentas no son exactamente ajenas al juego del fútbol, sino parte coyuntural de este fenómeno social: los aficionados implicados en riñas dentro y fuera de los estadios son partícipes del fútbol en un alto grado, y una solución de fondo no pasa por antagonizarlos como “inadaptados” que buscan un desahogo usando el fútbol como excusa. En debido caso, ha de integrárseles en el deporte, reconfigurando este, y no dejándoles como espectadores que deben permanecer pasivos al juego.

También se puede mencionar que, aunque las pasiones y emociones se encuentren a flor de piel, para muchos espectadores los jugadores no están exentos de estas, pues se puede observar la manera en que deportistas profesionales, iconos

de la masculinidad y en algunos casos hasta supermodelos, en diversas circunstancias pueden expresar sus emociones en maneras que no son aceptadas por los modelos sociales hegemónicos. No es extraordinario ver algún jugador llorar en público al perder un campeonato; también es común observar el júbilo entre compañeros luego de anotar un gol y abrazarse, en algunos casos besarse, y realizar todo tipo de poses y hasta provocaciones (Connor, 2011).

Por otro lado, estos ejemplos resultan contrastantes frente a manifestaciones del deporte cuya intención se dirige a la cultura de paz, mediante la generación de valores y formas de equidad; así sucede con campañas de juego limpio, la liga relativamente reciente de fútbol femenino profesional y distintos programas sociales. Muchos espacios públicos están creados con este propósito. Basta con acudir a nuestra “canchita” más cercana para observar los rituales involucrados en estos espacios. En este espacio pueden reunirse amigos y desconocidos a jugar fútbol, organizándose



Foto: Editorial Mediotiempo (Imago7)

autónomamente de maneras altamente eficientes. En poco tiempo deciden de a cuantos se va a jugar, y el rol de cada integrante de cada equipo, así como el uso del balón de uno u otro participante. Si son demasiados, se configuran las populares retas en donde los equipos se turnan para poder jugar, de tal manera que el que recibe gol debe salir de la cancha para ceder su espacio a otro equipo. Aquel equipo que siga anotando sigue jugando; se apropia del espacio, pues desde la masculinidad hegemónica, es el más fuerte y virtuoso, y el que merece seguir divirtiéndose.

Es decir, por un lado, el deporte es visto como una actividad que permite a los practicantes socializar y convivir en términos pacíficos, y a la vez parece haber un proceso paralelo en que la configuración de estas identidades genera y reproduce dinámicas de hostilidad y fricción hacia identidades distintas. Esta es una clara relación entre identidad y polaridad. Para este efecto, la masculinidad hegemónica “se define desde lo negativo: ser un varón/hombre tiene que ver con no ser mujer, no ser un niño, y por supuesto, no ser homosexual. El ser masculino es un ser puesto a prueba constantemente...” (Altamirano, Cortés y Lencinas, 2022, p. 40). Por lo que cabe la pregunta: ¿qué es aquello que niegan las masculinidades regias con el fútbol?

La posición es clara: en el fútbol se figura y se mimetiza, o se hace como si fueran reales cosas que no necesariamente lo son. Se demarca una cancha como un escenario de conflicto, aunque en realidad esa línea de cal no significa más lo que se admite mediante el consenso al reglamento del juego. Se hace como si hubiera dos bandos que visten colores distintos, y los aficionados hacen como si ganaran o perdieran un partido, participando de las emociones, el drama, la frustración o la alegría que desprenden los jugadores desde el terreno de juego. Si añadimos a la ecuación la perspectiva de género, los hombres hacen cómo si lucharan unos contra otros, a su vez que hacen cómo si tuvieran en los desconocidos que los rodean en las tribunas, el bar o en la cascarita a sus mayores aliados. Se sostiene entonces que desde la masculinidad hegemónica es en el espacio del fútbol donde los hombres hacen como si fueran los hombres que se les exige socialmente que sean. En este escenario cada hombre es ese varón joven con la fuerza, atletismo y habilidad suficientes para sortear rivales y ofender al rival a su vez que defiende su puerta. Al mismo tiempo, cada hombre se identifica

con esos 11 jugadores que se unen unos con otros, buscando esa colectividad de la que difícilmente puede participar en su comunidad. El padre que lleva a sus hijos al estadio o sintoniza el juego, se convierte en ese escenario en el modelo hegemónico del protector, proveedor, fuerte y resistente, aunque las condiciones estructurales de violencia, pobreza y vulnerabilidad social le contradigan este carácter.

## Conclusiones

Es observable que, a pesar de que los constructos sociales, en tanto entes o cosas, no tienen una cualidad de seres materiales, palpables, medibles, sino que se manifiestan en dichos comportamientos, las personas hacen “como sí” fuera real, una ley, a pesar de que su realidad surge por convención. Esto queda reflejado en la interdependencia, que no es sólo material, sino que surge a través de las relaciones sociales y las emociones de los individuos que conforman un grupo.

Es esencial reconocer que el deporte, en particular el fútbol, no es solo un juego o una actividad física, sino un terreno fértil para la construcción y expresión de la identidad de género. La masculinidad hegemónica, que a menudo se asocia con la agresividad, la competitividad y la fortaleza, ha encontrado en el fútbol un espacio propicio para su reproducción. Sin embargo, este fenómeno no es inmutable, y el deporte, en lugar de perpetuar estereotipos dañinos, puede convertirse en un vehículo para promover la igualdad de género y desafiar las normas tradicionales de masculinidad.

Por ello, resulta crucial no solamente fomentar el deporte, sino hacerlo con el doble objetivo de hacerlo en favor de la igualdad de género, de tal manera que la figuración de la masculinidad hegemónica tenga un contrapeso cultural en uno de los escenarios de mayor generación, como lo es el fútbol. Es crucial que estas medidas no solo ocurran en un sentido supraestructural, sino socio-comunitario: el deporte es más que un juego, debe entenderse políticamente, y como tal: “El deporte podría ser una vía de igualación de condiciones de participación y de aprendizaje sociales, de formación de nexos saludables -ahora tan escasos- de solidaridad en la vida comunitaria” (Dosal, Mejía y Capdevila, 2017, p. 132).

A partir de este enfoque propuesto, el deporte, que ha de mutar como lo hacen los fenómenos sociales y culturales, puede devenir en un sitio en donde el “cómo sí”, se vuelva en valores sociales reales, y por qué no, contrahegemónicos de la masculinidad.

## Referencias

- Alabarces, Pablo. (2014). Tres décadas de investigación sobre deporte: las nuevas direcciones en América Latina. En *Todo es Cancha: análisis y perspectivas socioculturales del fútbol latinoamericano* (pp. 21-39). Editorial Cuarto Propio.
- Altamirano, Mariana Daniela, Cortés, Sofia Macarena y Lencinas, Ayrton Nicolás. (2022). ¿Por qué el fútbol es solamente para los varones? Yo también quiero jugarlo. Estudio sobre la educación sexual y la construcción de masculinidades y feminidades en el espacio deportivo. Universidad Nacional de Córdoba. <https://rdu.unc.edu.ar/bitstream/handle/11086/547504/POR%20QU%20EL%20F%20ES%20SOLAMENTE%20PARA%20LOS%20VARONES.pdf?sequence=1&isAllowed=1>
- Connor, Seven. (2011). *A Philosophy of Sport*. Reaktion Books.
- de Beauvoir, Simone. (1949). *El segundo sexo*. Penguin Random House.
- Dosal Ulloa, Rodrigo, Mejía Ciro, María Paula y Capdevila Ortis, Lluís. (2017). Deporte y equidad de género. *Economía UNAM*, 14(40), 121-133 [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1665-952X2017000100121&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-952X2017000100121&lng=es&tlng=es)
- Elías, Norbert. (1969). *El proceso de civilización*. Fondo de Cultura Económica.
- Elías, Norbert. (1992). *El Deporte y El Ocio en el Proceso de Civilización*. Fondo de Cultura Económica.
- Guevara Ruiseñor, Elsa S. (2008). La masculinidad desde una perspectiva sociológica. *Una dimensión del orden de género*. *Sociológica*, 66, 71-92.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2019). Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT). [https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enut/2019/doc/enut\\_2019\\_presentacion\\_resultados.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enut/2019/doc/enut_2019_presentacion_resultados.pdf)
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2022). Módulo de Práctica Deportiva y Ejercicio Físico (MOPRADEF). [https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/moprade/doc/resultados\\_moprade\\_nov\\_2022.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/moprade/doc/resultados_moprade_nov_2022.pdf)
- Martín Cabello, Antonio, García Manso, Almudena. (2011). Construyendo la masculinidad: fútbol, violencia e identidad. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 10(2), 73-95 <https://www.redalyc.org/pdf/380/38021386005.pdf>
- Murayama Rendon, Ciro. (2014). *La Economía del Fútbol*. México. Ediciones Cal y Arena.
- Nielsen Sports. (2018). *World Football Report*. <https://www.nielsen.com/wp-content/uploads/sites/2/2019/04/world-football-report-2018.pdf>
- Pérez, Iván. (2020, 7 noviembre). Los 50 equipos más valiosos de América. *Forbes México*. <https://www.forbes.com.mx/listas-los-50-equipos-mas-valiosos-de-america/>
- Rodríguez Palacios, Eduardo. (2020, 19 marzo). El fútbol como símbolo de la cultura regiomontana (J. I. Ibarra Ibarra). *Vida Universitaria*. Recuperado 29 de octubre de 2023, de <https://vidauniversitaria.uanl.mx/expertos/el-futbol-como-simbolo-en-la-cultura-regiomontana/>
- Rodríguez Palacios, Eduardo. (2020, 20 mayo). Las barras en el fútbol, una carencia de vida (F. E. López Ruiz). *Vida Universitaria*. Recuperado 30 de octubre de 2023, de <https://vidauniversitaria.uanl.mx/expertos/las-barras-en-el-futbol-una-carencia-de-vida/>
- Valdano, Jorge. (2016). *Fútbol, el juego infinito*. Conecta.